

TARDE XIX

LOS LITIGIOS

Pérdidas irreparables,
Odios, disputas, rencores,
Pesares, iras, temores,
Son males inseparables
Del que litiga. Intratables
Uno con otro adversario,
Suele ser caso ordinario
(Y no lo tomes á risa)
Verse el uno sin camisa
Y en cueros á su contrario.

Mucho divirtió á los tres muchacos la historia de los embusteros engañados. Leon se proponia que le sirviese de asunto para componer una comedia, y aun empezaba ya á trazar el plan, cuando viéndole Palemon, le separó de su propósito diciéndole que ni el asunto era digno ni la moral de la mas á propósito, ni tenia la novedad suficiente para interesar en el teatro. Al mismo tiempo le estimuló á que cultivase su entendimiento ilustrándole con la lectura de buenos modelos, principalmente de los autores griegos y latinos : dijole tambien que esperaba á un amigo de allí á muy pocas horas con el cual podria consultar sus últimas composiciones. Leon, aprovechando el buen humor de su padre, se atrevió á pedirle gracia para Adela y Benito. — No me hables de eso si no quieres disgustarme, contestó el anciano ; han delinqui-

do y deben sufrir su castigo. En cuanto á Adela, pasado mañana podrá ya acompañarnos; con respecto á Benito va mas despacio. Trabaja y dispone á escuchar con mucha atencion á Mr. de Lonchamps, de quien te acabo de hablar, que es un hombre de mérito, y sin duda nos referirá algunas cosas de gusto.

Dejó el anciano á Leon, y este, dócil á los consejos de su padre, abandonó el plan de la comedia para entregarse á sus acostumbradas ocupaciones. Llegó la hora de comer: Armando y Julio, á quienes Leon habia participado que tendrian un convidado, fueron con su hermano al cuarto de su padre, donde hallaron á Mr. de Lonchamps, cuya fisonomía inspiraba respeto y estimacion. Abrazó este á los hijos de su antiguo amigo, y se sentaron á la mesa. Durante la comida habló Lonchamps de su viajes, sobre todo del placer que habia experimentado recorriendo la Auber-
nia, y añadió: Será preciso, amigos míos, que os refiera una anécdota muy agradable que me contaron en Brioude, en este delicioso país donde se encuentran las bellezas naturales unidas con la honradez de sus habitantes. Un dia pues...

Palemon interrumpe á su amigo, rogándole que deje para la tarde su narracion. No sabéis, le dijo, la diversion de nuestras tardes, y pues habéis de permanecer con nosotros algunos dias, quiero que participéis de este gusto. Feliz en medio de mis hijos, mi único placer es dirigirlos por el camino de la virtud, contándoles muchas veces algunas historias divertidas que alimentan su espíritu y conmueven su corazon; por eso me quieren tanto: ¿no es verdad, hijos míos, que amáis mucho á vuestro anciano padre? La respuesta de los muchachos fué arrojarse atropelladamente á los brazos de Palemon: y Mr. de Lonchamps no pudo contener sus lágrimas al ver tan tierno cuadro. Despues de comer tuvieron los muchachos licencia para jugar en la huerta, en la que estuvieron paseando los dos amigos; y al declinar el dia todos cinco se reunieron en el terrazo, adonde tambien acudió con su labor la buena Marcela, que tenia grande aficion á oír historias. Cuando ya todos estuvieron sentados, Armando recordó á Mr. de Lonchamps que les habia prometido referir una anécdota de Brioude: sonrióse este, reclamó la atencion, y comenzó su relacion en estos términos:

El Puente de los Enamorados

Quando yo recorria las montañas de Brioude, tan fecundas en riquezas de historia natural, cuanto estériles en mieses, descendí por la parte occidental á los mas profundos subterráneos, y observé atentamente la naturaleza en estos ocultos retiros, la sorprendí, por decirlo así, en sus operaciones, y vi cuanto podia desear. Sobre todo, me causó admiracion el ver los altos y soberbios basaltos de Chiliae y S. Arcons, dignos de competir con los de Irlanda: atravesé aquella admirable calzada de los Gigantes, que es un camino de veinte toesas de anchura, rodeado de altísimas columnas de basalto, y sobrepujado de prismas colocados horizontalmente, y que forman como una especie de chapitel sobre este magnífico órden de arquitectura natural. ¡Cuánto habia trabajado mi imaginacion en aquella gruta abierta bajo las masas enormes de peñascos! El camino es arenoso, y la humedad ha cubierto esta arena de una especie de musgo verdoso que, por decirlo así, le sirve de alfombra. En el mayor calor se respira allí el aire mas fresco, y por eso se reunen en este sitio, durante el estío, los pastores y pastoras. El rio Allier corre al levante, y se oye desde allí el ruido de sus ondas, que chocan con las lavas que los volcanes han vomitado en sus riberas. Esta caverna, al mismo tiempo que inspira melancolía, eleva el alma; la vista se asusta al medir la masa de las rocas que la cubren; pero se sosiega luego que piensa en el grande arquitecto que ha construido esta bóveda. Considero imposible que sea artista el que haya recorrido las montañas de Auber-
nia: la mano del Ser Supremo está allí grabada de un modo demasiado visible.

Me quedaba por ver la ciudad de Brioude, y el magnífico puente erigido, segun se dice, por los romanos, no léjos de sus muros. Al recordar los romanos en este sitio, ¡cuántas ideas se despiertan! se atraviesan los siglos, y parece que se presentan las falanges guerreras de aquel pueblo tan amigo de las artes, y que se oye razonar á Caton, Scipion y otros héroes célebres de la antigüedad.

Iba, pues, á Brioude, y para llegar á esta ciudad era preciso pasar el puente, que me habian ponderado sobremanera. Esta obra es mas admirable que hermosa; envejecida por un largo trascurso de siglos, se halla revestida de una cantidad considerable de láminas de hierro que contestan su antigüedad. Forma este puente

un grando arco de ciento ochenta piés de anchura, sobre ciento de elevacion; nada tiene de dibujos; no es mas que un simple semicírculo que estriba sobre dos rocas, en una de las cuales se eleva la antigua Brioude. Por un efecto de su construccion, este puente es muy apreciado de los amantes, á los cuales ha favorecido repetidas veces, á pesar de los celosos; voy á referiros la anécdota que me han contado con relacion á este puente maravilloso.

Antonio, jóven pastor de Brioude, amaba á Luisa, hija de un labrador de la montaña situada en frente de esta ciudad, y dividida solo por el puente. Destinados desde la infancia á ser esposos ambos jóvenes, conducian sus rebaños á unos mismos lugares, donde pasaban dias enteros hablando de sus amores, y de la esperanza que tenian de verse algun dia unidos para siempre. Pero de repente el interes, este tirano del amor y de la sociedad, vino á separarlos y á destruir enteramente sus esperanzas. Un pleito indispuso á sus padres, que prohibieron á los jóvenes el verse, y aun el quejarse. Dóciles ambos, y en aquella feliz y florida edad en que solo una severa mirada de un padre es un castigo terrible, Antonio y Luisa se esforzaron en obedecer, y se resolvieron á morir, pues no podian verse ni hablarse. Temiendo que el amor ó la casualidad los reuniese, sus padres inflexibles les habian prohibido pasar el puente que separaba el monte de la ciudad, y solo estaban acordados en desesperar al amor, quitándole todos los medios de comunicarse; pero esta vez, si al amor no ayudó el genio, la suerte, que tantas veces se le opone, se declaró á favor suyo, y se encargó de que los amantes se comunicasen, sin que se les pudiese acusar de haber quebrantado los preceptos paternales.

Cada dia la pobre Luisa conducia sus vacas á la orilla del rio, y el tierno Antonio llevaba su ganado á la parte opuesta. Allí se lamentaban, derramaban abundantes lágrimas, hacian al cielo testigo de sus sentimientos, y le suplicaban que acabase sus pesares. Los dos, por una simpatía natural, iban todos los dias, y á la misma hora, á un mismo sitio; no podian hablarse, pero se veian de léjos, y esto les servia de algun consuelo á sus tiernos corazones.

Un dia, se cargó la atmósfera de espesas nubes; los truenos y relámpagos que se oian y veian de léjos, anunciaban una horrible tempestad; á breve rato se abrieron las cataratas del firmamento, y caian diluvios de agua y de granizo. Atónitos con el trastorno de la naturaleza, los dos amantes corrieron á refugiarse de-

bajo del puente. Allí, al abrigo de su inmenso arco, no atreviéndose á mirarse, fijan en el arco sus lagrimosos ojos; abrazan las piedras, y como por instinto, les confian sus dolores y juramentos. Pero ¡oh sorpresa! en tanto que en voz baja renuevan las promesas de una tierna constancia, Antonio percibe la voz de Luisa, y esta la de Antonio: entónces, creyéndose reunidos por alguna fuerza mágica, se vuelven para mirarse y hablarse, y reparan que aun média entre los dos el rio; ven desaparecer sus esperanzas, y dirigiendo sus miradas á la piedra, le dicen: ¡cruelmente no has engañado!... y perciben recíprocamente estas palabras: los pobres jóvenes creen que se burla de ellos algun espíritu malféfico, y aun se disponen á huir de este encantado sitio; pero se apacigua la tempestad, y con ella su primer terror. Entónces dijeron entre sí: si es un mal genio el que se complace en repetir nuestras palabras, obra segun nuestra voluntad; ¿pues por qué hemos de huir de lo que favorece el amor? Animados de esta reflexion, vuelven hácia la piedra para experimentar si sus palabras se oyen de nuevo. Yo te amo, Antonio, dijo Luisa en voz muy baja; y al momento percibe que le responden: Y yo te correspondo, amada Luisa. — ¿Conque me oyes? — ¿Y tú tambien? — ¡Oh felicidad!

Mas asegurados, y palpitando de alegría sus corazones, agradecen á la casualidad favor tan inesperado: vuelven á colocarse junto á sus respectivas piedras, y convienen en confiarse por este medio sus penas y sus mas ocultos pensamientos. Como no resonaba la voz, nadie podia oirlos y así no temian ser sorprendidos. Todos los dias iban á hablarse de este modo, y desde entónces vivian muy consolados. Si Luisa tenia que hacer algun viaje, Antonio lo sabia, y no dejaba de presentarse en el camino; y en fin, habian hallado el medio mas seguro para fomentar la inocente llama que los abrasaba.

Así vivian, cuando un pintor de Brioude, llamado Roberto, tomó por ocupacion el ir todos los dias á la ribera del rio á dibujar aquellas vistas: várias veces habia observado que los dos jóvenes, puestos bajo del puente, se volvian las espaldas, y se arrimaban cada uno por su lado á las piedras del arco, de lo que infirió lo que hacian, y penetró su secreto. Interesóse mucho en la suerte de estos desgraciados amantes, y un dia tuvo el atrevimiento de acercarse con mucho disimulo adonde estaba Antonio, á ver si podia oirle alguna expresion, y en cualquier caso ofrecerle todos los auxilios que estuvieran en sus facultades. Nadie en

aquel sitio solitario habia interrumpido á Antonio ; por otra parte nada podia distraerle de tan dulce ocupacion como la de hablar á Luisa ; por esto no vió á Roberto, que se acercó mas, y pudo oir el siguiente romance, que el pastorcillo á média voz cantaba á su querida.

Piedra, que amores proteges,
que favorable á mis ansias
mis dichas y mis pesares
llevas á mi prenda amada ;

Tú, que sensible á mis ayes
eres fiel depositaria
y mis quejas y suspiros
trasmites á mi adorada,

Dile á mi Luisa que la amo
cual nadie pudiera amarla :
que su amor me desespera
y mi constancia me mata.

Dile á mi amable pastora
que mi corazon y mi alma
la rindo, pues prendas son
por ella muy apreciadas.

Que en mi pecho el vil engaño
jamás halló su morada,
que mi pasion verdadera
procuró siempre agradarla.

Puente, que para consuelo
diestra mano te labrara
de tristes enamorados,
dile á mi Luisa adorada,

Que si ahora de su belleza
cruel destino me separa,
acaso un dia felice
sé enlazarán nuestras almas.

¡ Oh puente ! De tu misterio
en alas imaginarias
lleva á mi amada pastora
mis amorosas palabras.

Son tristes, mas siendo mias,
amante sabrá apreciarlas,
que de amor acrisolado
las tristezas entusiasman.

Y Luisa sabe que la amo
cual nadie pudiera amarla,
que su amor me desespera
y mi constancia me mata.

Luego que Antonio concluyó de recitar su romance, se volvió hácia donde estaba Roberto ; y al verle tan inmediato, empezó á temblar como si acabase de cometer algun delito. — Nada temáis, desgraciado amigo, le dijo Roberto ; adivino una gran parte de vuestras desventuras, y me ofrezco á repararlas. — ¿ Vos ? — Yo : confiadme vuestras penas, decidme, ¿ qué inconvenientes son los que se oponen á vuestra felicidad ?

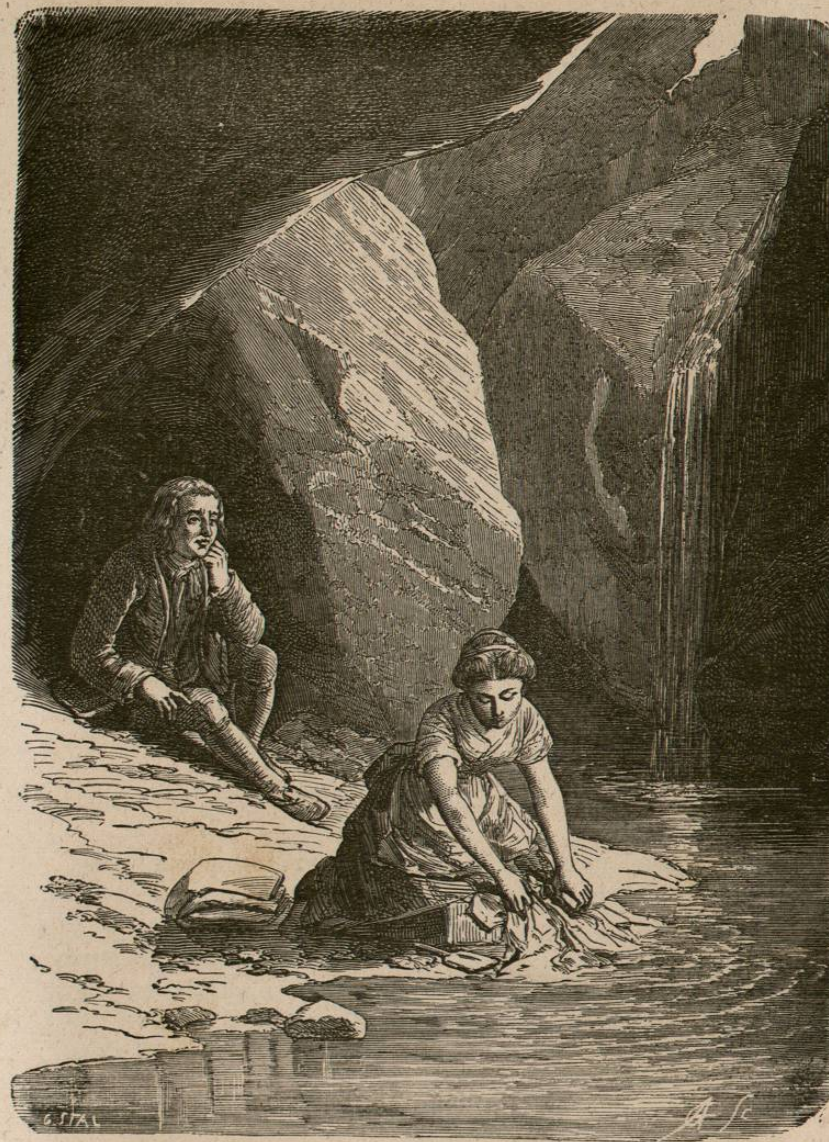
Antonio se manifestó indeciso al principio ; pero luego, cediendo á la confianza que siempre inspiran los buenos corazones, le dijo : Yo amo á Luisa, y ella me corresponde ; los dos debíamos ser esposos algun dia ; pero Mateo, mi padre, queria aumentar una posesion que tiene en el monte, comprando seis acres de tierra á Jerónimo, padre de Luisa, el cual consintió desde luego, conviniéndose en cierto precio ; pero ahora se desdice, y pretende anular el contrato ; mi padre reclama el convenio : de esto se ha originado un pleito y la enemistad de nuestros padres, siendo nosotros víctimas del interes : nos han prohibido el vernos y comunicarnos, y solo el arco de este puente repite nuestros dolorosos acentos : á esto se reducen nuestras desdichas y el único alivio de nuestros pesares.

Roberto conocia á los dos ancianos, y se encargó de componer este asunto y reunir á los amantes. ¡ Considérense los extremos de alegría que hizo Antonio ! Participó á Luisa la nueva esperanza que le animaba y Roberto se despidió para poner en práctica su ofrecimiento. En efecto, buscó á Jerónimo, y le preguntó cuál era el precio en que estimaba sus tierras : este se lo dijo, y el pintor se lo entregó ; pero para coronar su obra convidó á los dos padres á una comida en el campo, y así que llegaron les dijo : Estas tierras que han dado motivo á vuestra desunion, tienen que ser la prenda de vuestra mas firme alianza : no las he comprado para mí, sino para que sirvan de dote á dos amantes que solo esperan vuestro permiso para celebrar su enlace.

Los padres consintieron, se celebró la boda, de que el mismo Roberto quiso ser padrino, y los novios quedaron en la duda de quién había tenido mayor parte en su dicha; si Roberto, su bienhechor, á quien siempre dieron este título, ó si el *Puente de los Enamorados*, que desde entonces se llama de este modo.

Antonio y Luisa enseñaron el secreto del puente á algunos jóvenes que padecían las mismas penas que ellos acababan de experimentar, y por su imprudencia se divulgó el secreto; por eso en el día cuando los padres notan alguna pasión mal dirigida en sus hijos, les prohíben hasta el acercarse al puente.

Causó esta historia el mayor placer á los tres hijos de Palemon, y sirvió de materia á sus discursos todo el resto de la tarde; y como Mr. de Lonchamps había de pasar algunos días en casa de los muchachos, se lisonjearon estos de que les contaría otras historias de sus viajes; por lo cual se empeñaron á porfía en servirle y obsequiarle aun mucho mas de lo que esperaba Palemon.



LA CORRECCION. — BENITA